

—«Daos los corazones; más no dejéis a otros la custodia de esos tesoros, pues solamente la mano de la Vida puede contener vuestros corazones.

—«Erguíos juntos, pero no tan cerca que os confundáis. Los pilares del templo están aparte; y ni los robles, ni los cipreses pueden crecer los unos en la sombra de otros».—
Milton Rossel.

CUENTOS

HORNO.—Cuentos.—*José de la Cuadra.*

Si los países tropicales tuvieron siempre la fama no injusta de su lirismo desenfrenado, y se creyó que la tierra ardiente era engendradora demasiado generosa de infinitos poetas vacíos y declamadores, la nueva generación literaria del Ecuador, con sus cuentistas admirables, hará variar con fundamento esa generalizada apreciación.

En un comentario que aquí hicieramos de la obra de Gallegos, Gilbert y Aguilera, «Los que se van», decíamos que esos prosistas ecuatorianos podían codearse sin desmedro con los más avezados cuentistas de América. Y este «Horno» (1) de José de la Cuadra viene a añadir un nombre más a los prosistas de enjundia que nos da la patria de Montalvo.

Si los tres autores antes citados tienen un fuerte poder de síntesis

que daña a veces la pintura y la evocación, posee de la Cuadra un arraigado afán analítico que en ocasiones perjudica el nervio de sus relatos.

Falta el paisaje en casi todos los cuentos, la nota de ambiente, que ubique las escenas y los personajes. Y aunque la sicología de sus hombres, fuertemente delineada, mantiene el interés, sus cuentos dan en ocasiones la impresión de apuntes imaginarios. Hasta tal grado falta el medio en que actúan sus personajes.

No tiene todavía el autor de «Horno» el dominio completo de la forma y más de algún pecadillo gramatical asoma en las páginas de su libro. ¿No aparece por ahí, repetido con insistencia, «ploma» en lugar de «plomiza»?

Entre todos sus cuentos criollos, nos parece que «Merienda de perro» y «Ayoras falsos», ricos de emoción en su síntesis evocadora, son lo mejor de su libro.

Primera obra ésta de José de la Cuadra, no es sólo una promesa de madurez ya cercana, Tiene la visión y el estilo de los buenos prosistas, y seguramente hará la valiosa labor que esperamos.

NUEVAS FÁBULAS.—(Motivos americanos).—*Montiel Ballesteros.*

Este gran escritor uruguayo se inició en la literatura como poeta y dos o tres libros suyos, «Emoción», entre otros, hicieron ver sus cualidades líricas y la soltura de su versi-

(1) Tipografía de la Soc. Filantrópica. Guayaquil, Ecuador, 1932.

ficación. Recordamos todavía su canto a la juventud:

Juventud sin ayer y sin cenizas
que no sabes de dudas ni de prisas
y decoras tus sueños de color,
siente condenaciones en tus risas
el viejo Schopenhauer negador.

Pero no le halagaron sus éxitos como poeta, y se dió al cuento y a la novela, olvidando la lira modernista.

Con sus novelas «La Raza» y «Castigo e'Dios», y sus «Cuentos Uruguayos», «Alma Nuestra», «Luz Mala» y «Montevideo y su carro», y sus «Fábulas», alcanzó una resonante popularidad americana. La nota que con este último de sus libros ponía en las letras de Hispano-América era originalísima, suya únicamente, y fué adoptado como texto de lectura en los colegios del Uruguay.

Hoy, con estas «Nuevas Fábulas» (1), que superan a las primeras en riqueza de estilo y en emoción, y en claridad, se gana el título bien justo de prosista máximo.

Mas que todos los elogios merecidos que pudiéramos hacer a su obra, hablará a los lectores de ATENEA la transcripción de una de sus fábulas «Las espuelas»:

El brioso potro alazán dorado y su compañera, la potranca tordilla negra, tenían la misión de galopar a sus horas, trayendo alternativamente a la Tierra, ya la luz, ya la sombra.

Pero sea que los prados llamasen a los retozos, que los caminos alegres distrajeran o que los ríos fres-

cos invitasen a baños placenteros, ellos se retardaban y demoraban, produciendo confusiones y desórdenes. El chingolito se sorprendía de no poder cantar con el crepúsculo vespertino; los murciélagos se descolgaban inútilmente de sus uñas nocturnas; los gallos clarineaban albas nonatas y las faenas del mundo se sucedían inarmónicas.

Entonces Dios ordenó a Vulcano que forjase dos estrellas de plata para acicatear los caballos olvidadizos, lerdos o entretenidos.

Y el Día, el bello potro alazán de las crines de oro, y la yegua negra, de crenchas y cola con reflejos argentinos, la Noche, sintieron en los ijares dos dientes de plata de las estrellas, que se enrojecían con su sangre, y no retardaron más su carrera precisa, veloz y serena.

No se necesitaron más los pinchos de plata, pero para recuerdo —como una admonición— al alba y a la tardecita, Dios manda a las dos estrellas, que son los luceros, que se asomen vigilantes en el cielo.

Y el criollo que es rudo y disciplinado, para tener despierto a su pingo, ha hecho copiar los luceros y se los ha ajustado a su botas, siguiendo el ejemplo divino.

Por eso los rodajes de las espuelas tienen forma de estrellas y relucen como astros en las botas de los gauchos.

Estas fábulas de Montiel, a pesar de su fresco sabor vernáculo, no son la obra criollista, destinada a vivir en el medio estrecho de una comarca o de un país. Son exponentes de una raza y de un idioma, y es seguro que serán recibidas elogiosamente en América y en España.

Para terminar esta nota volandera, copiamos la dedicatoria de la fábula «La Diligencia» que no necesita comentarios:

(1) Imprenta Nacional Colorada. Montevideo, 1932.

En recuerdo de mi padre, Antolín Montiel, gaucho dicharachero y alegre, derecho y laborioso, que consumió su existencia como cuarteador, y como mayoral de diligencias, curtido por los soles y las lluvias del terruño, cumpliendo su misión proletaria y, sin saberlo él,—que era analfabeto!—civilizadora.

CONCÉNTRICAS.—(Motivos de Buenos Aires).—*Sixto C. Martelli.*

Libro de pequeñas ironías, de humoradas diminutas, podríamos decir. Apenas si una que otra de las ciento treinta y cinco disquisiciones que forman este libro, llenan una página. Casi todas ellas tienen las dimensiones de la greguería, de esa cosa que tanto ha desacreditado la fecundidad un poco molesta de Ramón Gómez de la Serna.

¿Hasta dónde entretienen y distraen, sin resultar monótonos, libros de esta índole. Aún Wilde, con sus adivinaciones estupendas, fastidiaría en un volumen de cien páginas. Y Sixto C. Martelli, con sus «Concéntricas» (1), está lejos del maestro.

Cuando el hombre de la Ciudad se fué al campo, en Primavera, lo que más le asombraba se comía el paisaje.

De tanto circunvalar la Tierra, a aquel viejo capitán se le quedó prendida en la chaqueta marinera la rosa de los vientos.

Hay aciertos y hay simplezas en este libro que comentamos.—*C. P. S.*

(1) Imprenta A. Plantié y Cía. Buenos Aires, 1932.